



Mi frustrada Schubertiade y Fernando García Torres

MA. TERESA CASTRILLÓN

Me dirigía yo a la Schubertiade en Schwarzenberg (Alpes Austriacos) invitada como crítica de música, cuando en el avión sufrí una severa deshidratación por una medicina mal recetada y al llegar a Barcelona estaba yo tan desubicada que no sabía ni dónde estaba. Gracias a Dios iba con mi hija que se encargó de todo. Tuvieron que internarme en un hospital, que debo decir que la Medicina Social es una maravilla en ese primer mundo de España y especialmente de Barcelona. Siendo un hospital público como puede ser el Seguro Social o el ISSSTE era muy bonito, como el mejor hospital privado y una excelente atención de médicos y enfermeras y sobre eso ¡No me cobraron! En España y sobre todo en Barcelona tienen un seguro los hospitales mediante el cual los extranjeros son atendidos gratis. Eso es primer mundo.

El caso es que después de haber permanecido cuatro días en el hospital tuve que regresarme a México, pues quedé muy débil y mareada. Entonces ya no hubo Schubertiade. Tenía yo ilusión de oír a Thomas Quasthoff, el maravilloso y pequeño barítono que iba a cantar *Schöne Mullerin* y el último día *Winterreise* de Schubert. Mandé avisar que no me esperaran y me resigné a volver a México sin ir ni a la Schubertiade ni a Viena, donde ya tenía reservados mis boletos para la ópera.

En cambio aquí en México supe que el recital de Fernando García Torres en Viena (de hace algún tiempo) iba a ser transmitido por el Canal 22. Fue un concierto tan bueno (desde la Sala Brahms del Musikverein) que podía haber

formado parte de la Schubertiade. Me sorprendió mucho que Gerardo Kleinburg, quien hacía la entrevista le preguntara que cómo abordaba un mexicano el repertorio clásico en vez de haberse limitado a tocar música nuestra! Como si un pianista con formación europea, cultura y talento no estuviera tan capacitado como un pianista europeo para tocar a Beethoven, Bach o Mozart.

Empezó con el Preludio y Fuga sobre un tema de Händel de Manuel M. Ponce, abrió con esta obra muy mexicana pero de estructura clásica que causó muy buena impresión en el público que llenó la Sala Brahms. Después siguió con la Sonata Op. 31 Núm. 3 de Beethoven, que fue impactante por su concepción beethoveniana, no sólo impecable, sino con un estilo muy depurado; fue algo de lo mejor del programa. El público supo apreciarla y aplaudió muchísimo, pero él fue parco y no se paró dos veces a agradecer los largos aplausos. Siguió inmediatamente con el Soneto 104 de Petrarca donde cantó con un bien centrado romanticismo sin cursilerías. Y siguió inmediatamente nada menos que con el Vals Mephisto de Liszt, obra tremendamente difícil, prueba de fuego para cualquier pianista. Me impresionó su técnica brillante tocando los difíciles pasajes de octavas, arpeggios, notas dobles, etcétera. con impecable limpieza y fuego verdaderamente mefistofélicos. Todo esto fue en la primera parte. Pero todavía más: en la segunda parte abordó la Kreisleriana de Schumann, una de las obras más difíciles de este compositor y que quedó muy bien en este año de su bicentenario. La Kreisleriana, además de ser difícil, tanto técnica como musicalmente es una obra ingrata, pues no la entiende el grueso del público, es una obra muy íntima y con variantes estados de ánimo pero el culto público de Viena la supo apreciar y la aplaudió mucho. Supo controlar sus tiempos, no demasiado rápidos y los lentos cantando con gran musicalidad. Aquí sí agradeció Fernando los entusiastas aplausos y obsequió tres "encores": el *Minuetto* en sol menor de Andel-Kempff, el *Intermezzo* de Ponce que donde quiera recibe una impresionante acogida y terminó con *Reflejos en el agua* de Debussy, con gran finura e imaginación acuática. Con este recital Fernando brilló a gran altura como uno de nuestros mejores pianistas a nivel internacional. 🐱